

LA PERCEPCIÓN SOCIAL DEL MEDIO AMBIENTE: DISOCIACIONES PELIGROSAS

Social Perception of the Environment: dangerous dissociations

Luciano ESPINOSA RUBIO
Universidad de Salamanca

BIBLID [(0213-356)14,2012,123-144]

Fecha de recepción: 10 de septiembre de 2011

Fecha de aceptación: 22 de noviembre de 2011

Hay que defenderse de todo lo que somos, pero de tal manera que no lo destruyamos.

Hay una sola posibilidad de esperar hasta el último resuello una escapatoria que aún no conocemos. Da lo mismo cómo llamemos a esa esperanza con tal de que exista.

ELIAS CANETTI
Apuntes (1973-1984)

RESUMEN

Los seres humanos han tomado decisiones equivocadas sobre su propia supervivencia muchas veces a lo largo de la historia y, en medio de una crisis ecológica muy peligrosa, es urgente analizar las causas y consecuencias de ese hecho. Por otro lado, las cuestiones ambientales lo son hoy de civilización y la clave es cambiar el estilo de vida. Pero antes que nada es necesario tener una correcta percepción social de los problemas para evaluarlos y preparar la acción.

Palabras clave: percepción social, medio ambiente, civilización, crisis, disonancia cognitiva.

ABSTRACT

Human beings have taken wrong decisions about their own survival many times along the history and, in the middle of a very dangerous ecological crisis, it is urgent to analyse the causes and consequences of that fact. On the other hand, environmental questions are civilization ones today and the key is a changing in our way of life. But first of all it is necessary to have a right social perception of the problems in order to evaluate them and to prepare the action.

Key words: social perception, environment, civilization, crisis, dissonance cognitive.

1. SENTIDO Y PROPÓSITO

Cuando hablamos de la *percepción social* de algo nos referimos a las impresiones dominantes en la opinión pública, lo que también podría entenderse como una parte del imaginario colectivo que comprende ideas, aspectos intuitivos, trazos más o menos generales sobre un asunto, así como los sentimientos y las expectativas asociados; todo lo cual no deja de ser difuso y manipulable, pero efectivo. Aquí se trata de las sociedades occidentales, dado su mayor acceso a la información que ahora nos concierne y, sobre todo, a su mayor responsabilidad histórica y capacidad de presión. En cuanto al llamado *medio ambiente*, lo entendemos como la síntesis integradora de dos polos: la naturaleza y el mundo humano, dando por supuesto que siempre han estado interconectados en todos los sentidos (lingüísticos, pragmáticos, conceptuales, éticos y políticos), pues sin duda este vocablo es una versión actualizada del binomio perenne que liga lo natural y lo cultural. Obviamente, el título apunta también a la hipótesis de que la percepción predominante no es adecuada debido a una serie de distorsiones que desembocan en una peligrosa disociación entre lo que vemos, decimos y hacemos, de manera que la coyuntura resultante es doblemente dañina por los hechos objetivos en sí y por la mistificación del asunto.

Descrito del modo más sencillo, hay una seria descompensación en virtud de la cual el polo mundano aplasta al natural: el ser humano depende por completo de la naturaleza, como es sabido, y por ello ha intentado siempre controlarla y superar esa vulnerabilidad, pero ha llegado a explotarla y manipularla sin tasa ni medida, hasta el punto de que algunos sueñan con una suerte de nuevo *génesis* de carácter artificial, es decir, sustituirla por medios técnicos y prescindir casi de ella. Aunque esto parezca un delirio o una pesadilla, ya es un lugar común afirmar que vivimos en la nueva era del *antropoceno*, lo que lleva a la hipertrofia los inevitables sesgos antropomórficos y antropocéntricos de la única especie que se distancia mediante símbolos del entorno, y nos puede conducir hacia

un narcisismo letal. El dominio exagerado del artificio sobre la naturaleza afecta a los equilibrios geo-bio-físicos del planeta y perjudica a todos los seres vivos que lo habitan, como pocos ignoran ya. Pero lo paradójico e incoherente es que la preocupación ante estos problemas *ecosociales* de envergadura desconocida –el tema de nuestro tiempo para muchos– no se traduce en remedios drásticos, sino en excusas (como la crisis económica), estupefacción y dilaciones. Ni siquiera el cambio climático¹ que amenaza nada menos que a la civilización humana tal como la conocemos parece movilizarlo lo necesario, y por eso es preciso examinar algunas de las causas profundas que explican esa pasividad.

De modo preliminar, recuérdese la fragmentación de los sentidos y los lenguajes que tenemos respecto a la naturaleza: es tratada a la vez como inerte y viva, amenaza despiadada y abastecedora amiga, como simple escenario y como agente principal, desde un punto de vista ferozmente utilitario pero también estético o contemplativo, etc.; y otro tanto ocurre respecto a los registros disciplinares –con frecuencia enfrentados– que se ocupan de ella (sea la economía, la ciencia, la ética, la política, el arte, etc.), cosa que engendra graves disparidades de criterio y discordias simbólicas. Así, no hay una percepción global medianamente integradora sino algo rayano en la esquizofrenia, y el resultado es que carecemos de una pauta fiable para la acción. Motivo de más para profundizar en conceptos comprensivos tales como mundo de la vida (*Lebenswelt*), según la célebre noción de Husserl, o el mundo de la naturaleza (*Naturwelt*) que propone en clave ética el profesor Gómez-Heras², etc., ambos vinculados con mi propia sugerencia transversal de una eco-bio-tecno-noos-fera³. Lo importante es ofrecer un marco de referencia amplio que atienda a la interconexión superlativa de dimensiones que define nuestro tiempo, toda vez que necesitamos

1. La Agencia Internacional de la Energía informa de que 2010 ha batido el récord de emisiones de CO₂ a la atmósfera, lo que nos sitúa en la senda de que la temperatura media del planeta aumente 4 grados, con unos perjuicios extraordinarios (*El País*, 31-5-2011). Sin embargo, según la llamada Paradoja de Giddens: «como los peligros que representa el calentamiento global no son tangibles, inmediatos ni visibles en el curso de la vida cotidiana, por muy formidables que puedan parecer, muchos se cruzarán de brazos y no harán nada concreto. A pesar de ello, si esperamos hasta que se hagan visibles y se agudicen antes de pasar a la acción, será demasiado tarde por definición», en GIDDENS, A., *La política del cambio climático*, Madrid, Alianza Editorial, 2010, p. 12.

2. Cfr. GÓMEZ-HERAS, J. M.^a G., *En armonía con la naturaleza. Reconstrucción medioambiental de la filosofía*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2010, pp. 42, 481 y ss. y 493. Se citan también el *Seinwelt* heideggeriano, el *umwelt* de Ortega, el *Machtwelt* de Weber o el *Wertwelt* de Scheller como modelos útiles y complementarios.

3. Cfr. ESPINOSA RUBIO, L., «La vida global en la eco-bio-tecno-noos-fera», *Logos*, 40 (2007), pp. 55-75.

pensar en conjunto a la par que en diferentes escalas para orientarnos ante una realidad aún más compleja y desbordante que de costumbre.

Es claro que nos falta perspectiva en el tiempo y tal vez herramientas de análisis, pero lo más lamentable es la ausencia de voluntad para encarar –en este caso en forma filosófica– las exigencias del presente: escapar a la parálisis ante los gigantescos procesos y cambios tecnológicos y sociales crecientemente acelerados, revertir la pérdida generalizada de los principios ilustrados de autonomía, no recaer –frente al derrumbamiento de las viejas cosmovisiones– en la búsqueda desesperada de nuevos sentidos totalizadores... La racionalidad crítica –permítase decir lo obvio– no debe claudicar ante el temor, la trivialización cultural y academicista o las nuevas supersticiones de una época de gran conmoción. Es cierto que en nuestro mundo hay demasiados antagonismos y una pluralidad asfixiante de factores en juego, de modo que el «politeísmo axiológico» del que hablaba Weber parece más bien un panteísmo indiferenciado que genera aún más anomia, pero sabemos que es iluso y simplificador buscar a estas alturas de la historia certezas absolutas que proporcionen la ansiada seguridad. Por no hablar de las tentaciones disciplinarias y/o populistas ya presentes en el terreno político, amén de las habituales respuestas teocráticas a los problemas... Tampoco parece que lo que Hans Jonas llamó la «heurística del miedo»⁴ sea suficiente para afrontar los peligros que nos acechan, pues el miedo suele confundir más que iluminar las conciencias y a menudo induce al egoísmo del *sálvese quien pueda*; por lo mismo que no basta con apelar a un «Principio de precaución» genérico sin un cálculo particularizado de riesgos-beneficios en un contexto tan fluido e intrincado como el actual, que exige arriesgarse en bastantes casos. Cuando parece que la civilización occidental tiene tendencias *suicidas*, dado que marcha en pos del beneficio (o el recorte social) a toda costa y guiada solo por las urgencias inmediatas, no sirven tanto las admoniciones como los estímulos y las propuestas concretas. Además, hace falta una nueva percepción de totalidades integradas, pero que no homogenicen y en cambio den por sentado que es más normal el conflicto que la armonía final. Por de pronto, como siempre, necesitamos alguna lucidez.

2. ALGUNOS PRECEDENTES NEGATIVOS

Con afán realista, en vez de adoptar posiciones abstractas o hacer juicios tajantes, conviene echar una mirada a ciertos elementos empíricos, tanto históricos como antropológicos. Y aun sin sacar conclusiones definitivas, el balance resulta más que preocupante porque hay muchos motivos para temer el error e

4. Cfr. JONAS, H., *El principio de responsabilidad*, Barcelona, Herder, 1994, pp. 237 y s.

incluso el desvarío cuando se tienen que tomar decisiones críticas bajo presión. He aquí unas breves incursiones de tipo neurofisiológico, político-militar, ecológico, ideológico y psicológico, donde se dan cita algunos comportamientos humanos que bien podrían calificarse como peligrosos. No se busca *medicalizar* la discusión, sino saber a qué atenerse, es decir, conocer qué resistencias y obstáculos enfrentamos a la hora de percibir y comprender lo que nos pasa. Quede claro que las siguientes consideraciones tampoco denigran la naturaleza humana ni cosa parecida, menos aún niegan sus maravillosas capacidades y logros históricos admirables, pero ahora se trata de constatar algunos problemas.

Arthur Koestler, por ejemplo, ha insistido en que la infinita brutalidad que llena la historia universal (las guerras permanentes, los extendidos sacrificios humanos en el espacio y el tiempo, la constante violencia intra e interespecífica, los genocidios, etc.) no puede obedecer a meras contingencias ni ser fruto del azar, sino que habría que suponer «un error de ingeniería» en nuestra constitución; y que este desorden debe recibir el nombre de *esquizofisiología* acuñado por el neurobiólogo Paul MacLean, quien en su famosa teoría del *cerebro triúnico* asevera que los primitivos módulos reptiliano (ligado a los impulsos primarios) y mamífero (las emociones) tienen bastante más peso que el recién llegado neocórtex en términos evolutivos (el pensar racional), de manera que entre los tres niveles no hay integración suficiente, sino desequilibrios y choques resueltos a favor de los primeros⁵. En absoluto se habla de maldad intrínseca o de incompetencia total, sino de ciertos desajustes filogenéticos producidos a su vez por múltiples e incontrolables circunstancias, lo que ha propiciado una conducta a menudo ciega y tumultuosa, con tendencias violentas. La contradicción inherente a la naturaleza humana ahora toma la forma de una gran dificultad para ajustar apetitos, afectos e ideas.

Tomémoslo como una conjetura indemostrable pero no insensata, a la vista de que la *hybris* o desmesura de los hombres ha sido harto frecuente, como han denunciado los sabios de todo tiempo y lugar. Algo tiene que ocurrir en el animal simbólico para explicar estos fenómenos que se repiten una y otra vez, por más que haya grados diferentes entre pueblos y culturas. Es verosímil pensar que ese *descontrol* también ayuda en su faceta creativa y que la vida quedaría muy empobrecida sin esa pluralidad radical y sin los componentes irracionales, mágicos, festivos, locos, etc., como ha señalado Edgar Morin a propósito del *homo sapiens-demens*⁶. Pero aquí debemos ceñirnos a las consecuencias nocivas, y

5. Cfr. KOESTLER, A., *En busca de lo absoluto*, Barcelona, Kairós, 1983, pp. 260 y 266 y s., respectivamente.

6. Cfr. MORIN, E., *El paradigma perdido, el paraíso olvidado. Ensayo de bioantropología*, Barcelona, Kairós, 1974; y *El método V. La humanidad de la humanidad*, Madrid, Cátedra, 2003.

para no caer en diagnósticos demasiado naturalistas (aunque se hable en términos evolutivos) vamos a citar otros aspectos. Junto a la violencia homicida nos encontramos con una alarmante reiteración de torpezas incomprensibles, de equivocaciones monumentales, de tozudez y prejuicios inauditos, hasta el punto de que lo más ilógico y disparatado ha tenido un protagonismo sorprendente en la historia. No es solo que los humanos sean falibles y dubitativos, algo obvio, sino que hay una estrepitosa propensión al error de juicio en momentos decisivos y, lo que es peor, a la persistencia en él aun cuando se vean los efectos contraproducentes de la medida inicial, como ha puesto de relieve Barbara W. Tuchman en obras concienzudas⁷. Lo más temible es la facilidad demostrada para ir incluso contra los propios intereses y caer en una mala gestión prolongada, así como en el empecinamiento y la ceguera poco menos que voluntaria. Por chocante que resulte respecto a los tópicos, no parece que aprendamos tanto del pasado como quisiéramos y la obcecación es un riesgo permanente.

Se podrá objetar que esta es una idea demasiado general, sin embargo en los temas medioambientales observamos características semejantes en muchos casos, dado que el hecho de no querer ver o rectificar los excesos ha tenido abundante aplicación en este ámbito. Así lo ha demostrado Jared Diamond tras minuciosos estudios históricos, quien advierte que contra todo pronóstico y «razonabilidad» muchas sociedades han cometido «errores garrafales» en sentido ecológico: bien porque no identifican cursos de acontecimientos peligrosos si son graduales y por ello no actúan a tiempo; o porque adoptan respuestas «racionales» demasiado fragmentarias y según intereses contrapuestos, lo que las convierte en incoherentes; o bien porque las respuestas son «irracionales» en la medida en que prevalecen estilos de vida insostenibles, conflictos internos entre valores enfrentados, etc.⁸. Lo significativo es que vuelven a imponerse los malos resultados, sea por falta de inteligencia, por ineptitud y egoísmo, por inercias y choques, o por una irresolución cobarde. Es interesante reparar, por otro lado, en que ante el riesgo de un colapso medioambiental y de civilización hay muchas formas de equivocarse y pocas de acertar lo bastante (en el espacio y el tiempo) como para encauzarlo siquiera. Los desastres ocurren con desoladora frecuencia, por insólito que parezca si son a gran escala, pero pocas cosas hay peores que la autodestrucción... anunciada.

7. Cfr. TUCHMAN, B. W., *La marcha de la locura: la sinrazón desde Troya hasta Vietnam*, México, FCE, 1989. Además de este recorrido por fallos estratégicos de bulto, también admiten en parte esa lectura otros brillantes ensayos como *Los cañones de agosto*, Madrid, Península, 2007, a propósito del inicio de la I Guerra Mundial, y *Un espejo lejano: el calamitoso siglo XIV*, Península, 2005.

8. Cfr. DIAMOND, J., *Colapso. Por qué unas sociedades perduran y otras desaparecen*, Madrid, Debate, 2008, pp. 545, 551 y 559, respectivamente.

Como se ve, no deciden únicamente los aspectos materiales, aunque haya muchos intereses por medio, sino que tienen tanto o más peso los valores y las preferencias simbólicas, las actitudes y los prejuicios, etc. Se supone que en situaciones límite la gente reacciona y busca alternativas, pero no es seguro que el barco de la humanidad cambie de ruta aun conociendo que está en rumbo de colisión. Al contrario, cuando llega a imponerse el miedo, la escasez y alguna forma de caos, las personas se desorientan más y buscan cualquier salida a ciegas. La historia enseña también que los humanos son proclives a la «servidumbre voluntaria», según la clásica expresión de La Boetie, en particular ante emergencias adobadas con actitudes histéricas y/o paranoicas. Luego diremos algo sobre la psicología de las masas contemporáneas, de momento baste recordar que la libertad suele sacrificarse en beneficio de la seguridad ante cualquier amenaza real o ficticia, del mismo modo que el odio se impone a la concordia cuando los temores mandan. Es de sobra conocido el auge reciente de los totalitarismos y sería iluso negar el riesgo de que retornen, acaso disfrazados de populismos, de estados de excepción, de lucha contra la inmigración masiva, etc., pues los hombres están dispuestos a vender su libertad a la mejor oferta política de supuesta protección, como ya lo han hecho al mejor postor económico. Tampoco aquí hablamos de meras hipótesis, sino de procesos pasados y presentes, como avisa J. Kampfner con firmeza⁹ y como todos constatamos ya en los controles de fronteras, aeropuertos, vías públicas... o en ciertas aplicaciones de vigilancia y presión mediante nuevas tecnologías, leyes extraordinarias, diseños biopolíticos, etc., por no hablar de las prácticas que legitiman la tortura y erosionan la tutela judicial (*habeas corpus*) en sociedades democráticas. Claro que todo esto ocurre poco a poco y no le damos la importancia que tiene, demasiado amedrentados por la famosa «guerra contra el terror», la precariedad laboral, la competencia globalizada y demás factores de coacción aireados por los manipuladores de turno.

Por eso no es de extrañar que la percepción y el juicio colectivos fallen en circunstancias anormales, convertidas éstas en caldo de cultivo para toda clase de regresiones psicológicas hacia actitudes infantiles y de regresiones políticas hacia posturas premodernas, con la ayuda de incesantes oleadas publicitarias y propagandísticas. Ya no se puede negar que el modelo neodarwinista se impone en nuestra época (disfrazado, eso sí, con el eufemismo de la competitividad y la flexibilidad), algo cada vez más explícito cuando las cosas vienen mal dadas, de manera que solo los «fuertes» y los «astutos» triunfan, mientras que los «obedientes» al menos salen a flote, se dice. Viene a la memoria –siquiera

9. Cfr. KAMPFNER, J., *Libertad en venta. ¿Por qué vendemos democracia a cambio de seguridad?*, Barcelona, Ariel, 2011.

por asociación parcial– el precedente nazi, donde se daban cita respuestas de corte biológico a la hipotética corrupción y la pérdida de sentido de la modernidad por un lado, y medidas ecológicas muy avanzadas para la época por otro, basadas ambas en creencias telúricas sobre la sagrada tierra patria y demás zarandajas que corregirían esa degeneración racial, histórica y cultural¹⁰. Han cambiado las cosas, pero sigue habiendo tentaciones «regeneracionistas» de tipo autoritario y biotecnológico, acompañadas de una gran fascinación por los *seres superiores* y victoriosos (sea gracias a la riqueza, al poder, la belleza, los genes, el deporte, etc.); al igual que surgen ecologismos integristas y fanáticos que buscan *purificarse* con una vuelta (¿?) a la naturaleza. El caso es que reaparecen los elementos potencialmente explosivos de cuño biologicista, mientras crece la marginación en grandes sectores de la sociedad y los que tienen una vida acomodada apenas esconden su indiferencia o su desprecio por los *inferiores* y los desposeídos. Se intensifica así finalmente el culto a la fuerza, de modo que los individuos tolerantes empiezan a ser tildados de pusilánimes y débiles por quienes son alérgicos a la incertidumbre y a las difíciles responsabilidades de la libertad, prestos a echarse en los brazos *salvadores* de terceros.

3. LOS GRANDES PROBLEMAS MEDIOAMBIENTALES Y LA CRISIS DE CIVILIZACIÓN

No hace falta ser un pesimista redomado para mencionar esos factores, más bien al revés, es preciso tenerlos muy en cuenta para afrontar las amenazas que nos acechan y entender mejor las actitudes humanas ante las crisis. En cuanto a los de carácter ecológico, conviene hacer un pequeño recuento de los problemas más importantes que luego serán encajados en el contexto mayor de nuestra época. Seguimos (con alguna licencia) la exposición de J. Diamond (cfr. *op. cit.*, capítulo 16), quien establece cuatro grandes grupos:

- a) Peligros de destrucción o pérdida: se refieren al deterioro de ecosistemas de todo tipo (lo que incluye algunos tan importantes y delicados como bosques y corales, manglares y humedales), al decrecimiento muy significativo del pescado (que no pueden suplir las piscifactorías), a la disminución dramática de la biodiversidad (que altera las cadenas tróficas e implica pérdida del potencial regenerativo) y a la erosión masiva de los suelos, con los procesos inherentes de salinización, acidificación y alcalinización que los convierten en infértiles, etc.
- b) Límites de los recursos: los casos más relevantes son la anunciada caída de las reservas de energías fósiles (petróleo, carbón, gas) y de la producción

10. Cfr. el ya clásico estudio de FERRY, L., *El nuevo orden ecológico*, Barcelona, Tusquets, 1994, pp. 146-165.

de bienes y servicios derivada, así como la sobreexplotación de un bien tan básico como el agua, cuyas repercusiones son sencillamente incalculables,¹¹ y el acaparamiento humano de la capacidad fotosintética de la naturaleza que reduce la energía disponible para otras especies. Luego es obvio que se avecina una gran carestía y la pugna por esos recursos.

- c) Proliferación de grandes desequilibrios: destacan los ocasionados por toda clase de sustancias tóxicas, en especial las denominadas *contaminaciones persistentes*, aquellos otros derivados de la introducción de especies foráneas en los ecosistemas (habría que incluir las plagas y los transgénicos), o, por último pero no menos importante, el calentamiento global que repercute en buena medida sobre el resto de aspectos y empeora mucho la situación de conjunto.
- d) Excesos demográficos: el gran crecimiento de la población (unos 7000 millones en 2011) no solo redundará en mayor escasez a la hora de repartir recursos sino también en un grandísimo impacto humano *per cápita* sobre el medioambiente (como recogen los estudios de la llamada *huella ecológica* y otras variables); lo que además intensifica la contradicción entre la exigencia ética de aportar mejoras sustanciales en el consumo de más personas pobres (presentes y futuras) y el perjuicio insostenible para la biosfera que ello supondría.

Las relaciones entre todos estos elementos saltan a al vista y es claro que unos refuerzan a los otros, de manera que se convierten en auténticas «bombas de relojería» que en menos de 50 años pondrán en serio riesgo muchos ecosistemas esenciales, con el añadido no menor de que una vez alcanzado el cenit de producción y consumo sobreviene el colapso con rapidez relativa, según muestra la experiencia, lo que obviamente generará más violencia en la lucha por sobrevivir¹². Tampoco se trata de meras predicciones, sino de procesos que ya están en marcha hace tiempo y que siguen en buena medida un curso ajeno a lo que hagan ahora los humanos, una vez disparados ciertos mecanismos que parecen actuar con una aceleración creciente. La cuestión estriba en si seremos capaces de apagar la mecha que hemos contribuido a encender y, lo que es más, si lo haremos a tiempo de que las consecuencias más dañinas sean contenidas: lo que está en juego es el grado del ya serio trastorno, no su existencia.

Dado el paso hacia unas previsiones razonables, encontramos que apenas hay estudios en profundidad sobre las consecuencias *sociales* de la crisis ecológica en marcha, esto es, sobre los conflictos militares y políticos que llegan por

11. Me he ocupado del tema en «Reflexiones sobre el agua: un espejo de nuestro tiempo», <Dilemata.net>, n.º 6.

12. Cfr. DIAMOND, *op. cit.*, pp. 643, 658 y s. y 667 y s.

la dificultad de subsistir en condiciones hostiles y de escasez, así como respecto a las grandes migraciones apenas iniciadas, éstas a las que no podrán detener los actuales cierres y muros fronterizos¹³. Da la impresión de que las ciencias naturales son las únicas que tienen algo que decir sobre nuestro futuro ambiental, cuando es fácil adivinar que sus efectos pueden ser devastadores en términos de injusticia y desigualdad, de violencia y xenofobia, de ansiedad generalizada y de restricción de las libertades, etc. Claro que muchos problemas no tienen origen ecológico, pero procesos de la envergadura del cambio climático los agravan y aparecerán otros ligados a él, en un bucle destructivo –sobre todo en los países sin medios para afrontarlos– que es necesario prevenir en la medida de lo posible. Welzer ofrece un muestrario de lo ya acontecido, así como el recuento de muchos conflictos armados en las últimas décadas que, en todo o en parte, merecen el nombre de ambientales (mucho antes del ejemplo paradigmático de Darfur como reciente guerra climática)¹⁴. Una vez más, cuesta reconocer las mudanzas graduales, o tal vez es que nos acostumbramos a ellas con escalofriante facilidad, por muy penosas y lamentables que sean, siempre que no nos afecten directamente. Pero hay motivos de peso para creer que vivimos las postrimerías de toda una época¹⁵, se interprete esto como se quiera.

Nada está escrito como destino fatal y todo tiene grados, ahora bien, la única forma de prepararse para ese futuro probable es evitar excusas e introducir cambios a la luz de lo que ya se conoce. Aunque resulta muy dudoso que haya voluntad de hacerlo, cuando vivimos en un mundo que no tiene conciencia real de sus límites ecológicos y que no quiere saber del todo: por ejemplo que, mientras el 40% de la población humana vive en la pobreza, el sistema productivo se basa en la obsolescencia programada de los bienes de consumo; o que el capital económico absorbe y aplasta al capital natural y al humano, si es que estas dos expresiones no son una contradicción en los términos y un peaje inadmisibles a la jerga económica que nos inunda. Por otro lado, la tremenda crisis actual de origen financiero-especulativo era más previsible desde la propia lógica del capitalismo de lo que se reconoce¹⁶ y muestra que ni

13. Cfr. WELZER, H., *Guerras climáticas. Por qué mataremos (y nos matarán) en el siglo XXI*, Buenos Aires, Katz, 2010, pp. 53 y s., 14 y s. y 23 y s., respectivamente.

14. Cfr. *op. cit.*, pp. 180 y ss. A esto se asocia el aumento de los estados fallidos, el estímulo al terrorismo y al negocio de la violencia que eso supone, la «securitización» de la vida cotidiana, los estados de excepción, etc. Y concluye: «Desde un punto de vista empírico, no existe el menor fundamento para creer que el mundo seguirá siendo el mismo que conocemos» (p. 285).

15. Cfr. ZIZEK, S., *Living in the End Times*, London, Verso, 2010.

16. Cfr. ROJO, L. A., «Las fluctuaciones financieras», en: ROJO, L. A., DONOSO, V. y otros: *Globalización y sociedad*, Ed. Universidad de Salamanca, 2003, pp. 15-36. Sirva

siquiera en casos de emergencia se acometen transformaciones estructurales en el sistema vigente. Al menos para terminar con la impunidad propiciada por la desregulación de la economía y la aparición de abundantes zonas de sombra, donde competir en un mercado globalizado justifica cualquier cosa (incluidos los grandes oligopolios que niegan la esencia del mercado), lo que difumina aún más la frontera entre las prácticas legales y las ilegales. De modo que no puede sorprender el aumento de los negocios ilícitos, del dinero negro, la corrupción, etc., en el contexto de una gradual aproximación de la lógica capitalista y de la mafiosa, como ya pusiera de manifiesto hace tiempo H. M. Enzensberger¹⁷. Nadie puede rasgarse las vestiduras a estas alturas de la función, pero lo peor es que pocos protestan con fuerza.

Nos preguntamos todavía cómo lo hemos permitido, qué ha fallado en la percepción colectiva para arribar a una situación tan dramática en términos medioambientales y socio-económicos, los dos pilares de esta gran crisis de civilización, pero lo cierto es que está en juego todo un modelo de vida con sus aspectos productivos y simbólicos, entre otras cosas porque se ha interiorizado la *compraventa* como criterio supremo de cualquier interacción humana. De los muchos malestares que vienen de lejos y que han preparado el terreno, vamos a rescatar algunos de carácter psicosocial que guardan relación con nuestro tema por las contradicciones que encierran: el modelo imperante promete libertad plena cuando hay cortapisas materiales patentes que la hacen imposible, anima de forma simultánea a la moral de entrega al grupo y a la ambición económica agresiva, llama a la sobriedad y la disciplina en el trabajo mientras estimula necesidades artificiales de consumo, todo ello en un marco general de creciente aislamiento, feroz competencia y temor, lo que desemboca en frustración y baja autoestima en quienes no pueden alcanzar «éxito» en la vida¹⁸. Nadie puede resolver un problema existencial con tantas variables incongruentes y no extraña que la sociedad se llene de angustiados y descontentos, incapaces de adoptar una perspectiva no depredadora en relación al medio, a sí mismos y a

de ejemplo el prestigioso analista y expresidente del Banco de España cuando ya en 2003 se refiere a ciertas expectativas tanto positivas como negativas, estas últimas fundadas en la mala supervisión de las autoridades y en la hipertrofia de los valores financieros, cfr. pp. 22 y s. y 35.

17. Cfr. ENZENSBERGER, H. M., *La balada de Al Capone. Mafia y capitalismo*, Madrid, Errata naturae, 2009, pp. 14 y s. y 53, a propósito del libre juego sin restricción de las fuerzas y de la competencia a ultranza. También es muy ilustrativa la obra de GLENNY, M., *MacMafia. El crimen sin fronteras*, Barcelona, Destino, 2009.

18. Cfr. HORNEY, K., *La personalidad neurótica de nuestro tiempo*, Barcelona, Planeta-Agostini, 1985, pp. 176 y ss. La obra fue publicada en 1937, no se olvide.

los demás. Es de temer que las cosas hayan empeorado con los últimos acontecimientos (recesiones, fracasos políticos, desorden global), confirmando el diagnóstico de Erich Fromm respecto a que una insatisfacción e impotencia de fondo empujan a las personas hacia una mezcla de evasión, conformismo, indiferencia y rabia, lo que denota inseguridad y un miedo latente que las hace ineptas para desarrollar sus capacidades creativas sobre la base de la razón y del amor, luego se abonan a poderes externos de uno u otro tipo que los manipulan y deshumanizan¹⁹. Haya más o menos rasgos patológicos como éstos, parece indudable la incompetencia colectiva manifiesta en la probada capacidad de autodestrucción ecológica y militar, así como en lo fácilmente que la sociedad propende al autoengaño, al despilfarro y a la falta de compasión ante el sufrimiento²⁰. No es posible pasar por alto estas contradicciones y torpezas, vividas en los países ricos durante buena parte del siglo anterior, a la hora de evaluar algunos comportamientos sociales, frívolos e inconscientes en el mejor caso.

Vista desde otras perspectivas históricas, la hipótesis aquí defendida afirma que el auge tecnocientífico y económico de la *voluntad de poder* característico de la modernidad (según Heidegger y la Escuela de Frankfurt, por dar ejemplos dispares) se ha travestido en las últimas décadas como *voluntad de placer*. Aquélla no ha desaparecido, claro está, sino que se ha hecho más amable para los privilegiados que tienen acceso al consumo a gran escala y son anestesiados en buena medida por él, a la par que ha ocultado hasta hace poco sus facetas más ríspidas o autoritarias. Los conflictos sociales y simbólicos que señalaban los analistas de la segunda revolución industrial se han querido disimular en la tercera con un panorama de confort, pero la reciente crisis (sin eufemismos, estafa masiva) está mostrando la fea realidad oculta detrás de los fuegos de artificio. Claro que solo se piensa en recuperar al supuesto paraíso, como si ello fuera posible, sin necesidad de cambiar en lo sustancial ni los medios ni los fines, más allá de los famosos *ajustes*. Esta debacle, no obstante, es una oportunidad para abrir los ojos y actuar, en vez de retrasar aún más los cambios en el estilo de vida, pues las urgencias económicas que ahora se aducen para impedirlo no hacen sino profundizar la destrucción.

En clave cultural, persiste la fuerza embaucadora de las sensaciones subjetivas que anulan el ejercicio de un pensamiento riguroso, donde el ocio industrializado fomenta la barbarie y el infantilismo de unas personalidades *zombies* y fanáticas, como indicó hace décadas Finkielkraut: «Actualmente lo que rige la vida espiritual es el principio del placer, forma postmoderna del interés

19. He desarrollado el asunto en «Contra el miedo: Spinoza y Fromm», *Thémata*, 38 (2007), pp. 47-60. Hay edición digital.

20. Cfr. FROMM, E., *El amor a la vida*, Madrid, Paidós, 1999, pp. 58, 68 y en especial 234.

privado»²¹. Dinero y hedonismo vuelven a apoyarse, de modo que la trivialización de la existencia y del conocimiento va de la mano de un egoísmo disfrazado con el vistoso traje del gozo de vivir, como si no hubiera que *comprar* los placeres adulterados que el sistema ofrece. Una parte de la humanidad está a punto de matarse de pura diversión, mientras que la mayoría apenas tiene derechos y niveles básicos de subsistencia. Y es que en nuestro tiempo hay un aumento exponencial de la desigualdad en los diversos registros intra e internacionales, lo que a la larga desencadena una mayor desdicha para todos porque aumentan las tensiones y la inestabilidad²². El malestar ya es profundo incluso en las sociedades opulentas, donde la *función* de consumidor (cada vez más depauperado, por cierto) no deja de anteponerse a la *identidad* política del ciudadano, cuando es bien sabido que la palabra democracia está lejos de tener pleno contenido. Al igual que consta, además, que el poder económico y el mediático han limitado en grado creciente al poder político, de manera que bien puede describirse la situación con dos ilustraciones: el peso creciente de la *tecnoestructura* empresarial (según anunció Galbraith), que genera mecanismos de gestión económica ajenos a los accionistas y a la responsabilidad social; y la imposición de códigos simbólicos e informacionales (según Castells) al margen de su veracidad y oportunidad. Son dos de las formas del poder triunfante, muy ligadas al famoso imperio de los mercados, que acaban por convertirse en las herramientas que *producen* realidad, dirigen las vidas de manera directa o indirecta y cercenan la soberanía popular²³. Por resumirlo mucho, las finanzas y las grandes empresas son los nuevos sujetos de la historia que controlan vidas, haciendas e informaciones (o engaños deliberados)²⁴, en alianza con los viejos poderes fácticos, todos reciclados a través de múltiples redes de influencia y presión, hasta el punto de que ni siquiera es posible saber a quién pedir cuentas o contra quién protestar si llega el caso...

Pero volvamos a la conversión de la voluntad de poder en voluntad de placer para captar cierto imaginario colectivo, aunque la penuria actual de los países del Norte y la perenne de los del Sur signifique un desmentido rotundo al viejo mito del progreso ilimitado. El paraíso ofrecido por el *capitalismo de*

21. FINKIELKRAUT, A., *La derrota del pensamiento*, Barcelona, Anagrama, 1987, p. 128; y antes cfr. pp. 120 y s., 139.

22. Cfr. WILKINSON, R. y PICKETT, K., *Desigualdad. Un análisis de la (in) felicidad colectiva*, Madrid, Turner, 2009. Dejo para otra ocasión un tema que merecería tratamiento aparte.

23. Cfr. ESTEFANÍA, J., *La mano invisible. El gobierno del mundo*, Madrid, Punto de lectura, 2007, pp. 77-79, 192 y s.

24. Cfr. la reveladora obra de ZIEGLER, J., *El imperio de la vergüenza*, Madrid, Taurus, 2006; y la de OTTE, M., *El crash de la información*, Barcelona, Ariel, 2010.

ficción consistía en un «bienestar psíquico» allende el producto material comprado, dentro de una realidad transformada en pura fantasía al modo de un gran parque de atracciones: la cultura del *showbusiness* lo impregna todo, creando un «ambiente» de placidez y sometimiento en los pasivos «espectadores», un mundo en el que apenas es precisa la coacción directa y no hay memoria histórica, ni tampoco fines, deberes o compromisos, todo cifrado en la suspensión del tiempo que provocan las imágenes de pantallas ubicuas y el culto al «suceso» permanente, donde el miedo a perder las comodidades y la excitación ininterrumpida gobiernan las conciencias sin escándalo ni rebelión²⁵. Curiosa mezcla de adormecimiento placentero y de inquietud en un vaivén que deja al ciudadano occidental exhausto, incapaz de reaccionar ante la gran ficción (ahora resquebrajada) de que los antagonismos de la historia por fin sean reconciliados. Entre la perplejidad y el horror, lo que impera es la nostalgia de lo perdido, sin apenas caer en la cuenta de que nuestra primera crisis era moral y de que hay que acabar con esta huida hacia adelante indefinida. Y es que, en contra de lo anunciado, el *homo tecnologicus* no puede inventar, desmaterializar o escamotear la realidad a capricho, sean cuales sean sus nuevas capacidades, sino que antes o después aquélla le atrapa y le zarandea.

4. ALGUNAS CAUSAS DE LA PERCEPCIÓN Y LA CONDUCTA EQUIVOCADAS

Hemos mencionado la dificultad evolutiva para gobernar las emociones e impulsos, el asombro similar que produce el éxito y la ceguera histórica del ser humano, también la extrema fragmentación del sentido y de la conciencia, teñida por el miedo y la sensación de vivir dentro de una complejidad inmanejable. Sabemos que hay cambios globales de gran calado geopolítico, tecnológico, socio-económico, de gobernanza, ambientales..., y que el hombre contemporáneo no encuentra referencias sólidas que le guíen en ese vértigo, ni la calma y el tiempo necesarios para crearlas. Al contrario, está atrapado en una maraña de intereses y valores enfrentados de los que daremos un botón de muestra en relación al asunto que nos convoca: el capitalismo debería recordar que los problemas medioambientales resultan carísimos por múltiples motivos, según sus propios parámetros monetarios, pero no es capaz de destinar el 2% del PIB mundial que reclamaba el célebre informe Stern para combatir el cambio

25. Cfr. VERDÚ, V., *El estilo del mundo. La vida en el capitalismo de ficción*, Barcelona, Anagrama, 2003, pp. 10 y s., 52, 279, 261, 258, respect. El análisis de la vida cotidiana resulta pormenorizado y desolador, bajo su brillo aparente. Para la demoleadora crisis posterior, consúltese del mismo autor *El capitalismo funeral*, Barcelona, Anagrama, 2009.

climático a tiempo, en vez de tener que gastar después más del 20%; y sin embargo ha dedicado el 27% del PIB de Europa y EE. UU. solo al primer rescate de la banca²⁶. No es que no se combata debidamente la pobreza o la enfermedad, cosas prioritarias, sino que observamos la incapacidad incluso para cuidar del sistema económico a medio plazo porque la degeneración del modelo y la exacerbación del beneficio no lo permite. Contradicciones profundas, urgencias coyunturales, el poder de los negocios ya en marcha, falta de visión y de proyecto, prejuicios e idiosincrasias incompatibles, espejismos psíquicos, engaños deliberados, complicidades varias y cobardía de las élites..., todo esto y más parece concurrir en semejante diagnóstico, pero hay que indagar un poco más y concretar los factores en juego.

Las encuestas muestran una consciencia sociológica grande y transversal de los problemas medioambientales (mayor por cierto en los países en desarrollo, que ya los sufren), pero cómo explicar la incoherencia –también aquí– entre lo que decimos y hacemos, hasta el punto de estar en riesgo de naufragar como civilización. Intentaré ofrecer una síntesis multilateral de elementos pero agrupados en varios bloques, sobre la base de la discusión anterior en torno a la biología, la historia, el imaginario colectivo, etc., aunque no se consiga nunca una explicación completa.

A) Por un lado, las grandes amenazas ambientales *todavía* se consideran lejanas en el tiempo y/o en el espacio, inconcretas y graduales, difusas y por eso con poca pregnancia emocional, como todo lo que parece ajeno y no puede ser captado en su conjunto y de un vistazo; por otra parte, esas dificultades son reiteradas por una parte de los dirigentes, pero las eluden a la hora de tomar medidas. Todo lo cual da lugar en la mayoría de ciudadanos, respectivamente, a lo que se denomina las «rebajas de futuro» y la «fatiga de la atención»²⁷. Así, un tema entendido como algo mediato y que suena a rutinario cual música de fondo no conmueve... Claro que tampoco cabe citar una fecha decisiva o un lugar para visualizarlo, y, aunque el deterioro global es irrepresentable como un todo para la imaginación, lo cierto es que ha empezado hace tiempo. Si a ese carácter un tanto *abstracto* se suma que aún hay mucha ignorancia y desinformación al respecto, más allá de unos pocos tópicos, y que el interés por educar en profundidad apenas empieza a despertar, es comprensible que no se alcance la fuerza práctica que las declaraciones manifiestan.

26. Cfr., respectivamente, STERN, N., *Stern Review on the Economics of Climate Change*, Cambridge U. P., 2007; y *El País*, 14-5-2011, entrevista a Jean Claude Trichet, Presidente del Banco Central Europeo. Hay razones fundadas, gusten o no, para salvar el sistema financiero, pero eso no justifica la impunidad de los responsables y la inacción criminal respecto a otros problemas.

27. Cfr. GIDDENS, *op. cit.*, pp. 13 y 47, respect.

El cambio climático en concreto es algo así como «el lobo» del cuento, al que no se le espera hasta después de la siesta y eso si llega, entre otras cosas porque la campaña financiada por las multinacionales de la minoritaria postura escéptica ha sido muy influyente. Sobre todo cuando el ciudadano dice que sí, pero en el fondo no quiere enterarse y da la impresión de tener mucho sueño...

B) Vivimos en un mundo que promueve la confusión como hija directa de la prisa y el ruido, donde suele anteponerse lo interesante a lo importante, lo inmediato a lo necesario, lo urgente a lo indispensable... Cuando hay tantos intereses, estímulos y ambiciones en una mezcla intrincada, resulta difícil discernir y al final lo que decide es el marco vigente de relaciones institucionales, normativas y materiales en que nos movemos, las cuales no favorecen precisamente la sostenibilidad. Además, falla el circuito entre valores / creencias / sentimiento de responsabilidad / guía de la acción y comportamiento, muchas veces saboteado por supuestos más que dudosos, tales como que evitar la catástrofe ambiental es incompatible con la lucha contra el desempleo y la miseria, o que reducir seriamente el consumo y la demografía mundial conduce a que el sistema no pueda reproducirse y obtener beneficios, etc.²⁸. Cualquier sector de la actividad económica, por ejemplo, advierte contra la destrucción de puestos de trabajo si se le pide una *reconversión ecológica*, pero justifica sin empacho los despidos por cuestiones de rentabilidad ordinaria. Aunque, en el otro extremo, también se hace *marketing verde* según el cual la nueva economía *limpia* salvará la situación casi por arte de magia y sin necesidad de hacer reformas estructurales, lo que apacigua las dudas y los escrúpulos toda vez que promete un proceso sin mácula. El vocablo *desarrollo sostenible*, en fin, es una especie de talismán que no reconoce su propia contradicción: la biosfera es un sistema finito y se confunde desarrollo con crecimiento ilimitado.

C) Hay además un mecanismo bien conocido de disociación en la psique humana en virtud del cual evitamos aquello que genera ansiedad y dolor, adoptando una especie de dualismo o fuga de la realidad²⁹. Ante lo que incomoda y desconcierta en grado sumo emergen esos mecanismos de defensa, que a la larga no funcionan y ponen en grave riesgo la vida y la libertad futuras, a la vez que tampoco se resuelve la secreta desconfianza hacia instituciones que podrían

28. Cfr. GARCÍA, E., «¿Por qué andamos siempre a la greña con la naturaleza si nos pasamos la vida jurándole amor eterno?», en: RIECHMANN, J., *¿En qué estamos fallando? Cambio social para ecologizar el mundo*, Barcelona, Icaria, 2008, pp. 25-50, pero en particular cfr. pp. 41-46.

29. Cfr. la obra clásica de FESTINGER, L. A., *A Theory of Cognitive Dissonance*, Stanford University Press, 1957.

no garantizar la seguridad y el bienestar³⁰. Es el miedo el que empuja hacia la *disonancia* cognitiva que subestima el peligro y niega lo desagradable, algo que se puede llegar a comprender en muchos casos pero que no por eso resulta menos estúpido. Claro que hay otras muchas ocasiones en las que, junto a la *denegación* y la renuncia a saber, debe hablarse de una irresponsabilidad sin paliativos dirigida por un sueño de omnipotencia técnica (*tecnolatría*) y un autoengaño que no deja de cultivarse, entre otras cosas porque cumple la función de inmunizar contra la crítica y la decepción³¹. Es el viejo truco de que basta con no mirar para que el problema desaparezca o pensar que se arreglará por algún medio mágico... Este cruce de inmadurez y de soberbia conduce al delirio y a la mentira, aunque a menudo se disimulen bajo las especiosas proclamas de «tener confianza» y mostrar una «actitud positiva» para afrontar los desafíos, como si el mero deseo bastara. Todo lo cual empuja en dos direcciones compatibles: la ofuscación y el lamento de quienes abandonan la lucha, o bien el ciego optimismo contra el que nada se puede objetar, so pena de ir contracorriente del progreso y ser un aguafiestas.

D) Además de motivos subliminales, no hay que olvidarse de las fuertes resistencias conscientes, esto es, de los diversos tipos de egoísmo que no quieren modificar la situación: ahí no solo hallamos la inercia de la costumbre y el espontáneo rechazo al sacrificio, sino otros componentes específicos como las poderosas presiones empresariales y la demagogia política basada en gestos de cambio para que todo siga igual, además de la actitud de los llamados *gorrones* (individuales y colectivos) que se benefician de los esfuerzos ajenos y no están dispuestos a esforzarse. Ya no se trata de la ceguera o del miedo, ni siquiera del natural empeño en conservar el tipo de vida habitual, sino del mantenimiento a ultranza de los propios intereses, rutinas y creencias con independencia del daño global que supongan. Algunos enarbolan lo que definen como sus firmes convicciones y estilo de vida (a menudo, paradójicamente, de un grosero materialismo), y otros se creen más astutos al burlarse de los que sí aceptan algún tipo de mudanza. También se recurre al argumento de que todo es inútil y de que los ciudadanos de a pie poco pueden hacer por mejorar las cosas, dado que son los poderosos quienes tienen que tomar la iniciativa y dar ejemplo. Pero –al margen de consideraciones morales– si tantos se desentienden, cansados por las fatigas cotidianas, sintiéndose impotentes o desengañados (lo que a menudo es una coartada para no actuar), los abusos y

30. Cfr. DIAMOND, *op. cit.*, p. 564; WELZER, *op. cit.*, pp. 137 y ss., 233 y s., 237 y ss. Este último insiste en los procesos llamados *shifting baselines* o adaptaciones a los cambios lentos sin percibir su alcance real, cfr. pp. 249-251.

31. Cfr. RIECHMANN, J., «Hemos de aprender a vivir de otra manera», en: RIECHMANN, *op. cit.*, pp. 13 y 19.

los peligros para todos crecerán sin oposición. Al final se trata sencillamente de contribuir al problema o a la solución.

E) En último lugar es oportuno referirse al estilo de vida de las sociedades ricas, donde se fomentan la comodidad hedonista y tecnológica, a la vez que se obliga al trabajo duro siempre que sea rentable con prontitud. Por una parte propician una relajación artificiosa y por otra una personalidad meramente utilitaria e instrumental. La disciplina libremente asumida y la sobriedad vital no son apreciadas en el mundo de la apariencia y el consumo, o, en su defecto, se encomia el esfuerzo y el mérito a condición de que se pongan al servicio de valores y fines convencionales en vez de transformadores. Incluso la pujanza de la informática, que hoy es el soporte privilegiado de la gestión e innovación en diversos planos, parece favorecer la *desestructuración* de la mente en la medida en que la saturación de contenidos dispersos, prima a lo instantáneo y desincentiva la continuidad de las actividades y de la reflexión, según el juicio experto de Nicholas Carr³². Pues bien, a esta deriva de fondo en las mentalidades se puede añadir una lectura medioambiental que nos parece verosímil: la des-realización que conlleva el uso masivo de medios telemáticos (por la ruptura de los marcos espacio-temporales, la sustitución de lo tangible por lo virtual, etc.) supone una creciente pérdida de contacto directo con la naturaleza y con los otros sujetos, lo que desemboca en una suerte de desarraigo y de *nihilismo* de nuevo cuño, que he analizado en otro lugar³³. Desde luego que deben reconocerse los impagables servicios que prestan estas tecnologías, pero criticamos cierto uso inherente a las mismas que conduce hacia el manejo arbitrario de los seres y las cosas, el menoscabo de su entidad propia en beneficio del mero procesamiento de datos, en una palabra, su sola explotación y el olvido de la densidad física e histórica de lo real.

En resumen, tanto la percepción como la conducta están distorsionadas por el error y la falta de perspectiva, por las múltiples inercias de lo dado, por una actitud más o menos cobarde, por las poderosas variantes del egoísmo y por un entorno que no favorece la lucidez ni el sentimiento de pertenencia a un medioambiente común. Se trata de motivos sin duda humanos, demasiado humanos, pero eso no resuelve los problemas objetivos cada vez más acuciantes que no admiten evasivas o retrasos. Además, nadie renuncia al «bienestar» prometido si no es a la fuerza y ni siquiera a la buena conciencia de favorecer el «desarrollo» de los que lo necesitan, aunque el gran aumento del «consumo»

32. Cfr. CARR, N., *Superficiales. ¿Qué está haciendo Internet con nuestras mentes?*, Madrid, Taurus, 2011.

33. Cfr. ESPINOSA RUBIO, L., «El nihilismo virtual en la sociedad hipertecnológica», *Ágora*, 26/2 (2007), pp. 79-101. Lo que aparece en el horizonte es nada menos que un nuevo trascendental de cuño tecnológico.

mundial aparejado implicaría el caos ecológico, lo que incluye por supuesto el perjuicio hacia los otros seres vivos del planeta. El hecho es que no es posible tenerlo todo y alguien debe ceder privilegios en beneficio del resto así como del medioambiente común, lo cual tiene poco que ver con una mera actitud de sacrificio si se pone el acento en las recompensas esenciales que proporciona un modelo de vida más tranquilo, solidario y respetuoso. Es cierto que falta un proyecto claro y que sería una mutación difícil, pero no intentarlo significa aceptar la injusticia y la destrucción seguras.

5. QUÉ CABE HACER Y QUÉ ESPERAR

Quizá lo peor es seguir igual, mientras queda poco tiempo para corregir el rumbo y aumentan los avisos: ahí están los alarmantes informes científicos sobre las emisiones de CO₂ o el gravísimo problema nuclear de Fukushima (ya casi increíblemente olvidado), como ejemplos de una terrible dificultad práctica y de la limitación de los recursos humanos en situaciones críticas. Entre las valiosas propuestas que se han hecho, baste con traer a colación algunas ideas orientadas a lograr siquiera una mejor percepción de las cosas, desde el convencimiento de que teoría y praxis se alimentan recíprocamente. Optamos por una postura casi pragmática, distante por igual de la lectura apocalíptica y del utopismo, pegada al terreno y flexible, la postura de quien no lo tiene todo claro y sabe que hay que ensayar distintas vías para acoplarse a circunstancias cambiantes, cuando no a conceptos y valores a menudo contrapuestos, además de a conflictos siempre dolorosos.

En sentido teórico, deben sumarse todo tipo de argumentos para elaborar discursos interdisciplinares que lleguen a la mayor cantidad de personas, con sus intereses y emociones particulares. Las razones no son suficientes si no movilizan los afectos, como ya consta, y abusar del miedo desmotiva y paraliza. Por otro lado, la psicología advierte que es mucho más positivo generar hábitos tempranos de atención ambiental, ganando en pericia práctica antes que en elaboraciones teóricas, de modo que cada cual haga «lo que pueda» en su día a día sin recriminaciones, pues la autoestima generada por las cosas hechas con libertad dará lugar a conductas consistentes y duraderas en el ciudadano adulto³⁴. Es más agradable y útil saber disfrutar del entorno que percibir su cuidado como una imposición, aunque a su vez despertar ese empeño requiere una educación ambiental muy elaborada y campañas informativas bien estructuradas

34. Cfr. SUÁREZ, E. y HERNÁNDEZ, B., «La consistencia entre los valores, las actitudes y el comportamiento. Notas desde la psicología», en: RIECHMANN, *op. cit.*, pp. 155 y s.

con la presencia de medios y fines proporcionados, interacciones y evaluación de actividades, mensajes adaptados a los contextos y a destinatarios concretos, etc., es decir, con técnicas especializadas que permitan hacer un buen trabajo sectorial de concienciación y aprendizaje³⁵. Luego no sirven las improvisaciones ni el simple voluntarismo, sino que urge contar con buenos contenidos y mucha profesionalidad. Igualmente, la tarea de los medios de comunicación es informar y movilizar con sentido de la medida, al hilo de una acción política y ciudadana de largo aliento a la que respaldar, justo al contrario de la *información espectáculo* que se limita a las relaciones de naturaleza y economía, o a las catástrofes y los asuntos más o menos pintorescos.

En el ámbito propiamente filosófico es obligado construir narrativas de la complejidad que salgan al paso de tanta ignorancia y manipulación. Hay que asomarse a todos los planos (cultural, científico, psicológico, conceptual, histórico, técnico...) y no mutilar dimensiones del tema para mejor entender su alcance. El papel de la reflexión ética es insustituible –como ha señalado Gómez-Heras– en la línea de integrar los deberes y derechos que defiende la ética ambientalista con la tradición dialógico-comunicativa, orientado todo al establecimiento de un principio universal de co-pertenencia a la naturaleza, a su vez refrendado mediante la ampliación de nuestras capacidades sensitivas, estimativas y emocionales³⁶. No creo que lo natural sea un interlocutor en sentido estricto, pero sí que merece una consideración muy singular distinta tanto de la que propone la *deep ecology* como del mero interés, por muy sublimado que esté. La idea es incluirlo dentro de un modelo general que podría llamarse *humanismo ampliado*, en este caso de la mano de la *ética del cuidado* que defiende ayudar a los otros, quienes quiera que sean, precisamente porque están en una posición de asimetría y vulnerabilidad (enfermos, inmigrantes, marginales, generaciones futuras, otros seres vivos...). Eso enriquece sin duda nuestra humanidad porque profundiza en la dignidad de todos y completa nuestra comprensión de la vida, cosa que parece más vinculante y operativa que las presunciones teleológicas de una metafísica de la naturaleza (al estilo de Jonas) que chocan con la *falacia naturalista*, pues todo ello es al fin y al cabo una atribución hecha por el hombre y nadie puede erigirse en portavoz de una naturaleza indiferente. Ahora bien, el cuidado o la tutela nunca bastan por sí solos y cobran verdadero sentido en el marco de la justicia expresada en las leyes, con el corolario general de que lo público se antepone a lo privado. En otro orden de cosas, es necesario elaborar discursos que destaquen los buenos

35. Cfr. PIÑEIRO, C., «En el jardín de la educación ambiental: aprendiendo del diálogo», en: RIECHMANN, *op. cit.*, pp. 239-292.

36. Cfr. GÓMEZ-HERAS, *op. cit.*, pp. 93, 436, 446, 464. El autor asegura que hay justicia o injusticia única y para todos.

ejemplos de acciones ambientales eficaces para convertirlos en estímulos positivos, e incluso que los teóricos de toda índole tengan la actitud de «compartir significados» vitales en vez de lanzar meros mensajes y proclamas, esto es, que asuman compromisos personales...³⁷. Cada uno debe dar lo mejor de sí donde se encuentre, pues la situación no exige menos.

Desde un punto de vista práctico, entreverado con lo anterior, la lucha se plantea en términos cívicos para lograr el *empoderamiento* de los individuos, organizados como ciudadanos y consumidores, lo que refuerza la democracia en general y los convierte en sujetos de presión para políticos y empresas en particular³⁸. Esta asunción de la responsabilidad propia es el paso ineludible para ejercer una fuerza mayor, pues nadie dará un viraje a su comportamiento mercantil o de poder si no es obligado a ello, por ejemplo mediante boicots a mercancías, manifestaciones, agrupaciones de votantes, etc. Y la experiencia demuestra que las campañas emprendidas son bastante útiles, aunque a la vez haya que buscar transformaciones generales que rebasen lo particular. Quiere decirse que además de una ética renovada y de una sociedad civil vigorosa, necesitamos una política valiente y atinada, en especial para enfrentar el cambio climático con alguna posibilidad de mitigarlo. Como ha puesto de manifiesto A. Giddens, con un talante *empirista* que parece inevitable a la vista de la situación concreta, hay que promover convergencias políticas (no partidistas) y económicas (el cambio es una oportunidad de negocio justo), de manera que los motores de la adaptación, la transformación y la prevención sean: la seguridad y la eficiencia energéticas, la innovación y la transferencia tecnológica, los procedimientos detallados de información, debate y evaluación de riesgos, el principio de que quien contamina paga, la obligación legal de ser agentes positivos en la propia esfera, una nueva organización de la fiscalidad y de los seguros, así como la elaboración de proyectos en diferente escala espacio-temporal que a su vez tengan presentes las muy delicadas implicaciones geopolíticas del asunto³⁹. No es posible entrar ahora en los abundantes detalles que ofrece el autor británico, tampoco para criticar ese pragmatismo que constituye a la vez su fuerza y su debilidad, pero quedémonos con la idea motriz de que si no hay sinergias reformadoras entre gobiernos, ONG, empresas, ciudadanos,

37. Cfr. HERAS, F., «Comunicar el cambio climático», en: RIECHMANN, *op. cit.*, pp. 225 y ss.

38. Cfr. DIAMOND, *op. cit.*, pp. 556 y 626 y ss. No hay, sin embargo, una crítica clara hacia el capitalismo y todo se reduce a propugnar la planificación a largo plazo y la revisión del tipo de vida, cfr. p. 675.

39. Cfr. GIDDENS, *op. cit.*, pp. 23 y s., 46 y s., 86 y s., 135-151, 182. El autor lo sintetiza al decir que hace falta «una política del estilo de vida y la reducción de la opulencia» mucho antes que fijarse en el PIB, p. 87.

municipios, regiones, etc., la vida será muy dura para la humanidad. Quizá, una vez más, se trata de elegir el mal menor...

Por último, quisiera insistir –como han hecho tantos– en la idea de que siempre hay que esperar lo inesperado, incluso contra toda esperanza, no solo porque los humanos son los seres capaces de lo mejor y lo peor como reza el tópico, sino porque habitan eco-socio-sistemas complejos en los que a veces se dan saltos cualitativos de reorganización que parecían imposibles. Naturalmente, hace falta empujar mucho en la dirección correcta para favorecerlo. Por otra parte, con independencia del éxito que se tenga –y de momento las cosas pintan mal–, hay que seguir en la brecha por una cuestión de respeto hacia nosotros mismos, así como hacia quienes nos precedieron y nos seguirán, en el contexto de un «pesimismo activo» que no claudica⁴⁰. Sin que sea un consuelo fiable, viene a la mente la vieja divisa sobre el pesimismo de la razón y el optimismo de la voluntad. En todo caso, reducido el asunto a la última expresión, no queda otro camino que hacer de la necesidad virtud (o de tripas corazón, según reza un dicho más elocuente), sin renunciar nunca a la belleza y a la potencia creadora en un mundo compartido donde aún hay mucho que aprender y disfrutar.

40. Cfr. RIECHMANN, J., *La habitación de Pascal*, Madrid, Ediciones de la Catarata, 2009, pp. 262-265, 268.